



Solo un día

Omar René Arias Marín

“¿...Y si tuviésemos solamente un día para vivir?”

Alberto cierra la puerta del consultorio. Camina pensativo hacia la recepción para entregar, a la mujer uniformada del computador, las órdenes de los exámenes que su médico solicita. El ambiente de aquel consultorio lo confunde. Los rostros tristes y desganados de las personas enfermas contrastan con las paredes aparentemente asépticas. La chica del uniforme le entrega los papeles que autorizan la realización de los exámenes mientras garabatea en alguno de ellos la dirección y el teléfono del laboratorio más cercano. Tras agradecer entre dientes, Alberto sale a la calle en busca de la buseta que lo conducirá a su lugar de trabajo. En el corto viaje, el profesor escucha una y otra vez la voz del galeno sugiriendo la necesidad de tomarse un descanso para alejarse de los problemas y las presiones que supone su trabajo como docente. Frente a las puertas del colegio, el remolino de estudiantes que entran y salen logra distraerlo y alejarlo de ese recuerdo, transportándolo a la agitada normalidad de un colegio distrital.

Alberto lleva, como todos los días, el traje de paño oscuro. Con paso redoblado, un poco al estilo militar, el profesor atraviesa el patio del colegio buscando la puerta del salón que le ha sido asignado. Uno de los coordinadores lo mira de reojo mientras señala, de manera burlona, el reloj que se asoma en su muñeca izquierda. Alberto dibuja una mueca imprecisa en su rostro, quizás una sonrisa tranquilizadora o, quizás, un gesto de rebeldía. Sus ojos llevan la huella de aquel que lo ha observado todo. Su rostro inexpresivo dibuja el cansancio de tantos años de tristezas y frustraciones. Una carga grande parece ensañarse sobre ese cuerpo encorvado que silenciosamente abre el candado oxidado para irrumpir en un espacio atiborrado de pupitres deteriorados y decorados coloridos.

El profesor descarga sobre una mesa la agenda forrada en cuero que siempre lo acompaña y algunos de los trabajos que pudo calificar la noche anterior. Con este, ya son veinte años de labores ininterrumpidas, veinte años de ciclos incesantes de iniciativas y repeticiones.

El profesor abre un armario de color metálico ubicado en una de las esquinas del salón y saca unos cuantos libros de texto envejecidos por el uso. El olor del papel almacenado invade el espacio haciendo que la respiración se torne tortuosa. Los libros de texto completan el cuadro de aquella mesa desbordada por las reseñas que los estudiantes han consignado en hojas sueltas de papel cuadriculado. Mientras espera, el profesor mueve nerviosamente un esfero entre sus manos. Más que las tizas o los marcadores, esas manos quisieron manipular tensiómetros, jeringas y bisturís. Una ilusión archivada obligó al profesor Alberto a trabajar en la apertura de las conciencias y no en las incisiones sobre los cuerpos. Pero son inciertos los caminos por los que transitan las decisiones humanas.

Cuando niño, el profesor quiso estudiar Medicina, pero su familia contaba con pocos recursos, de modo que le resultaba difícil aspirar a una carrera tan costosa. Sus hermanas habían tomado la ruta de la docencia y el joven Alberto no quiso constituirse en la excepción. Además de la limitación económica que lo presionaba a trabajar al mismo tiempo que se hacía profesional, a él lo motivaban las relaciones que podían crearse con los muchachos y la posibilidad de compartir con ellos algunas experiencias. Mientras recuerda, el profesor camina unos cuantos pasos tratando de agotar las distancias de aquel espacio ajeno e infinito. Se percibe solo y cansado; cada vez le resulta más difícil reconocer en él al muchacho vital que alguna vez decidió dedicar su vida a la enseñanza.

Los estudiantes poco a poco comienzan a ubicarse en sus pupitres. Como en una fotografía, los chicos se disponen de forma rutinaria en los mismos puestos. La ubicación de los estudiantes en sus sitios depende mucho de la voluntad del maestro, de su obstinación por establecer clasificaciones. Los más indisciplinados, los bulliciosos buscan acomodarse atrás, pero siempre es preferible sentarlos cerca de la mesa del profesor, donde sea posible tenerlos en la mira.

A la vista de tantos rostros desorientados, Alberto trae a la memoria sus tiempos de estudiante. En bachillerato, casi siempre obtenía los primeros puestos, ganando las menciones y las medallas que las directivas solían entregar. Recuerda también el sobrenombre que lo marcó durante los años de la Normal. Le decían el "Libro de Petete", pues sus compañeros consideraban que sabía demasiado. El remoquete lo llenaba de orgullo.

El profesor Alberto mira atentamente las caras de los recién llegados y reconoce en ellos a un grupo de desconocidos. Como si fuera la primera vez que los tiene en frente, el profesor pregunta para sí ¿quiénes son esas personas que invaden el aula? Sus rostros tienen la marca de vidas particulares,

todas indescifrables e indecibles. Ante el enigma de tantos sujetos particulares, el maestro se percibe ignorante. Su capacidad de escucha también resulta sorda ante los tantos secretos expresados en el bullicio del aula. ¿Cómo acceder a su particularidad? ¿Qué pasa por las cabezas de estos seres apáticos que rehúyen de los grandes relatos, desafían la erudición y la autoridad, mientras alucinan en el goce del momento?

Aunque enseñó en primaria, siempre ha preferido trabajar con los grados superiores. En tantos años como docente, Alberto ha aprendido a sobrevivir con satisfacciones pequeñas: el saludo efusivo de algún antiguo estudiante con quien se tropieza en la calle, la llamada espontánea de algún otro, o la felicitación en el Día del Maestro, cuando la gente que se creía olvidada aparece para expresar su reconocimiento. “¿Cuántas generaciones?” Aquellos rostros ingenuos de antaño habrán dado lugar a rostros adustos, rostros de adultos serios y responsables como él. Casi todos los nombres se desvanecen. Si pudiera verlos de nuevo quizás podría recordarlos y nombrarlos. Si pudiera descubrir de nuevo en sus ojos aquella chispa de inquietud quizás podría revivir la figura de tantos “alguien” apellidados “Bonilla”, “Martínez” o “Suárez”. Pero hoy solo son apellidos vacíos. Con el tiempo todos cambiamos y casi todos olvidamos.

El profesor reparte las guías entre los grupos que logra organizar. La soledad de hace unos momentos ha dado paso al caos característico de los espacios humanos. Alberto se acerca a uno de los grupos para explicarles de nuevo la guía y cerciorarse que el trabajo se realice de acuerdo con las orientaciones. El profesor recorre los diferentes grupos invitando a los estudiantes a reflexionar con profundidad sobre las preguntas. No se trata de contestar por contestar. Los estudiantes se detienen para escuchar las indicaciones del profesor. Pero en sus rostros escépticos, en sus peinados llamativos, en sus expresiones cotidianas, en las figuras tatuadas sobre sus cuerpos, en los extraños trozos de metal incrustados en cejas, nariz o boca, en la manía constante por hacer uso de su teléfono celular o en los audífonos que cuelgan de su cuello, Alberto puede constatar que, los nuevos tiempos, son tiempos difíciles para la enseñanza.

— ¡Por favor, lean la guía! Tómense por lo menos cinco minutos para leerla y saber bien lo que tienen que hacer.

Un estudiante se acerca al profesor para solicitarle cierta aprobación acerca del trabajo de su grupo. El profesor da una ojeada a los avances realizados y subraya algunos errores de ortografía y redacción. Se acerca al grupo para sugerir ciertas modificaciones. Entre Alberto y los estudiantes se ha establecido una relación de cómoda cordialidad. Pese al trato respetuoso,

el maestro sigue siendo una figura lejana para los estudiantes, quizás por representar del poder, o quizás por la distancia generacional que enrarece las palabras y distorsiona los sentidos. Salvo los mismos jóvenes, casi nadie puede comprender ahora la variedad de sus “lenguajes”. Por extrañas razones, ahora las palabras resultan un motivo de distanciamiento. Por eso, Alberto es consiente que la eventualidad de compartir espacios con los jóvenes no logra salvarlo del extrañamiento. Pero, ¿cuándo se perdió la conexión?, ¿por qué motivo maestro y estudiante dejaron de encontrarse y hoy se perciben enemigos?

Mientras estas preguntas retumban en su cabeza, el profesor Alberto recorre de nuevo las esquinas del salón y descubre que algunos estudiantes adelantan las tareas de Química pendientes. El timbre del cambio de clases interrumpe las actividades y las conversaciones, provocando la estampida violenta de los estudiantes hacia la puerta. Sin posibilidad de enunciar nada, Alberto solo escucha el rechinar de las patas de las sillas y el tropel de voces que apenas se despiden.

— Hasta mañana profesor –dice una voz chillona–.

— Hasta mañana –responde Alberto–.

— Nos vemossss cuchoooo.

— Nos vemos.

De nuevo la soledad y el silencio, de nuevo el vacío de un salón cercado por rejas y por mallas. Poco a poco, un nuevo grupo de estudiantes se asoma por la puerta. Mientras se produce el ingreso de todo el grupo, en diversos puntos del salón se generan corrillos que conversan en forma animada. La música, la moda, las relaciones y el internet son algunos de los temas. Una chica de cabello largo contempla el reflejo de su rostro en un espejo que saca de su maleta. Alberto emite un sonido casi gutural buscando llamar la atención y, de esa manera, procurar el orden y el silencio. Con pasos largos, se dirige hacia la puerta y hace el ademán de cerrarla mientras recuerda el sonido sordo de aquella gran regleta de madera que tronaba en sus manos cuando llegaba tarde a clase. El último estudiante del curso décimo se cuela sigilosamente por un estrecho espacio, entre el marco de la puerta y el cuerpo del profesor, mientras murmura una disculpa inaudible.

En respuesta a la voz del maestro, los estudiantes se ubican en sus puestos y de manera casi mecánica se ponen de pie saludando al unísono. El profesor les sugiere tomar asiento y segundos después comienza la explicación de la actividad sugerida para el día. Algunos estudiantes atienden de inmediato a invitación del docente a escribir sus biografías. Otros, más distraídos y dispersos, mantienen conversaciones en tono bajo, mientras los más osados,

se levantan de sus puestos demandando llamados de atención. El profesor Alberto invita de nuevo a estos estudiantes a escribir sobre sus vidas. La lluvia empapa las ventanas que dan a la calle y la tarde se torna más gris y más fría. El agua que se desparrama parece alterar la normalidad de los cuerpos y las mentes. La tentación de sentir su golpeteo en los vidrios, la emoción de observar el torrente imprevisible que limpia las calles parece ser más fuerte que el estado de inercia propio de la escuela.

Como si se tratara de un gran caudal que se desborda, el rumor habitual del salón de clases comienza a adquirir tonos cada vez más elevados. Solo un grito sostenido y profundo puede acallar la multiplicidad de voces disonantes que se enredan sin rozarse. Mientras los estudiantes escriben, el profesor Alberto lee en voz alta una lista de temas susceptibles de ser tenidos en cuenta en la evaluación final. La advertencia de prepararse con juicio para el examen nunca está de más. Una chica de trenzas llamativas pregunta desde la esquina sobre la forma de la evaluación.

— Profe, ¿examen tipo Icfes?, ¿cuántas preguntas?

El profesor toma una pausa y responde con algo de duda.

— Desde el Consejo Académico se nos piden 25 preguntas de selección múltiple.

La explosión de una fuerte desaprobación colectiva se extiende a lo largo del salón.

— ¡Se dan garra, profe!

El murmullo vuelve a ser generalizado y solo un nuevo llamado de atención del profesor logra tranquilizar el ambiente. Hasta hace relativamente poco, en los espacios de enseñanza solo resonaba la voz del maestro. La suya era la voz que transmitía el conocimiento a los seres carentes de luces. Pero esta visión resulta insostenible. La capacidad de los estudiantes para expresarse desborda los mensajes normalizados de la escuela. La voz del maestro es una entre las muchas voces de la calle y de los *'parches'*. ¿La escuela está preparada para dar legitimidad a esas voces? ¿Acaso la voz del maestro no resulta ser la más impostada y artificial de todas las voces?

— Señores, me entregan lo que han hecho.

— Un segundito, profe.

Un segundo timbre provoca una nueva conmoción. El éxodo de estudiantes hacia el patio resulta precipitado. Es el “descanso”, el momento cumbre de la jornada escolar. Los seres que han permanecido ocultos y agazapados retornan a su estado natural. Todos los órdenes son desafiados por una multitud caótica que grita, corre, deambula y sonrío a carcajadas. El colegio cambia totalmente su fisonomía cada vez que el patio es ocupado por tantos cuerpos en movimiento que desfogan las energías represadas en las interminables horas de clase. El profesor Alberto cierra la puerta del salón desocupado y atraviesa con cuidado el patio tratando de esquivar los charcos dejados la lluvia y los balones pateados por los estudiantes de grados superiores que han sabido posicionarse de la cancha. Las niñas, en las gradas y en los alrededores de las canchas, conversan animadas sobre situaciones personales que nada tienen que ver con los temas del colegio.

Alberto llega al lugar reservado como cafetería para los profesores. Una puerta corrediza sirve como límite infranqueable entre los estudiantes y los docentes. Las jerarquías y las distinciones parecen operar de manera mucho más notoria en los momentos de descanso. El profesor saluda cordialmente a algunas compañeras docentes que ya se han instalado en las mesas y se dispone a ordenar un café caliente. Poco a poco el espacio se ve ocupado por grupos de maestros que comentan los percances de la jornada. Cada historia parece ser la repetición de relatos contados hace muchos años. Los tonos de la enunciación y los énfasis puestos en determinados aspectos reviven el ciclo mítico de la irrupción de la novedad en la marea de las infinitas repeticiones. Los relatos sobre “la Jiménez” o sobre “la Bonilla con el chico de décimo” bien pueden hacer parte del programa de historia universal de la institución.

Luego de veinte años, los rostros de los compañeros han variado y algunos de los nuevos escuchas se muestran atentos a las repeticiones. Muchos compañeros han envejecido, otros se han ido. Nuevos docentes ocupan los lugares de aquellos que han alcanzado su pensión después de haber trasegado durante tanto tiempo en los salones y los pasillos. Pero esta es una época de transición. Alberto ha intentado un acercamiento cordial con los maestros recién llegados, pero no alcanza a experimentar el grado de confianza y camaradería que respiraba hace algunos años. Atrás parece haber quedado el tiempo de las apuestas colectivas, hoy solo parece primar el anuncio desesperado de “sálvese quien pueda”.

Alberto recuerda a algunos compañeros que recientemente pasaron por la institución sin ser licenciados en Pedagogía, ellos no tenían la vocación ni contaban con la formación suficiente para enfrentarse a los muchachos en el aula. Pensaron en ganarse un sueldo y obtener los beneficios de la seguridad

social. Pero la escuela no puede servir de “escampadero”. No es suficiente con manejar un saber determinado, siempre resulta necesario contar con elementos de pedagogía, por lo menos para mantener ‘la disciplina’.

Un comentario suelto sobre la dificultad de los compañeros antiguos para cobrar las pensiones atrasadas es el detonante para recordar la movilización de maestros la semana que viene.

— También está el tema de la salud –dice alguien–, quieren acabar con el régimen especial de los maestros y meternos todos en la Ley 100.

— ¡Pero con esa atención tan mala.... que no alcanza a cubrir casi nada!

Alberto recuerda de repente su visita al médico en las horas de la mañana. Recuerda la insistencia del doctor para que se realice los exámenes y piense en la posibilidad de tomarse unas vacaciones. Tiene en mente madrugar al laboratorio para tomarse las muestras, pero nadie le dijo en la mañana si los exámenes tendrían algún costo.

— ¿Y exactamente, qué día es la marcha?

— El jueves, de diez a dos.

— ¿Y el rector ya dio el permiso?

— Nada. No hay que pedirle permiso, simplemente le comunicamos que vamos a ir y listo.

Pero en el colegio siempre resulta problemática la asistencia a las movilizaciones. Solo unos pocos muestran la disposición a marchar, los demás profesores suelen guardar un silencio cómplice, bastante parecido al desinterés. Incluso prefieren llegar puntuales al colegio para empezar normalmente la jornada. Alberto se cuenta entre estos. El tema del nuevo escalafón ha creado una división en el gremio de los profesores. Los que como Alberto, llevan más tiempo en la docencia, se perciben privilegiados, por sus salarios y algunas garantías obtenidas. Los otros, los que recién ingresan, parecen condenados a luchar de nuevo para obtener los beneficios perdidos. Como Sísifo, esta necesidad permanente de volver a comenzar parece convertirse en el sino trágico de todos los maestros. Alberto se muestra convencido que los tiempos de su lucha ya pasaron. Que ahora sean otros los que completen el ciclo.

— No se olviden compañeros que el rector cita mañana, en el último bloque, para informar sobre la postulación del colegio a la jornada única –dice la profesora de inglés que es representante al Consejo Académico–.

— Y ahora, ¿qué se van a inventar?

Por tercera vez en el día, un timbre prolongado interrumpe las actividades. Las conversaciones se detienen y los rostros sorprendidos de los profesores experimentan cierta transformación ante el anuncio del último bloque de clase. Algunos maestros se levantan lentamente de las sillas y con paso reposado atraviesan de nuevo el patio atestado de estudiantes en dirección a sus salones. Alberto es uno de ellos. Mientras charla con la profesora que lo acompaña, abre el pesado candado que asegura su salón y de nuevo se sienta a esperar al último grupo de estudiantes. En el pasillo aún se escuchan gritos y voces chillonas. Uno que otro correteó estremece los muros que sostienen el salón. Han pasado cinco minutos y hasta ahora se asoma el primer estudiante. Con voz jadeante, el recién llegado manifiesta una disculpa nunca pedida: “Los otros se demoran en llegar. La profesora de inglés nos mandó a llamar”. El profesor se acerca a la puerta y desde la distancia puede observar las figuras de dos personas con batas blancas conversando agitadamente frente al portón de uno de los bloques.

Alberto piensa en la dichosa propuesta de la “jornada única”, “el eterno retorno de lo mismo”. A su memoria llegan los nombres de las propuestas que intentaron posicionarse como la gran transformación de la escuela: que “educación por objetivos”, que “educación por logros”, que “los proyectos”, que “los campos de formación”, y más recientemente el tema de “los ciclos”. Casi ninguna consideró los problemas e intereses de la escuela y por lo mismo, ninguna incidió significativamente en las prácticas. “Estamos trabajando con criterios de hace cincuenta años y ahora queremos convertirlo en una práctica de diez horas”.

Poco a poco el salón se ha ido llenando de nuevos rostros y nuevas voces. La sensación de estar enfrentando a desconocidos invade de nuevo al profesor. “¡Resulta extraño! ¡Con tantos desconocidos y siempre termina hablándose de lo mismo!”. El profesor se dirige al grupo de estudiantes a quienes había encargado la presentación de la reseña del texto de García Márquez. Entre dudas e inseguridades dos chicas y dos muchachos caminan lentamente hacia el tablero. Sonrisas nerviosas y alusiones disimuladas a quién debe empezar son el preámbulo de una exposición simple y poco preparada. La pobreza de la exposición se corresponde con el desinterés general por parte de los escuchas. Ninguna inquietud, ninguna crítica. Ni siquiera los comentarios del profesor logran sacar al grupo de la modorra colectiva. “Todo da lo mismo”.

Entre risas maliciosas y comentarios inaudibles, un nuevo grupo de estudiantes se dirige al tablero a presentar su exposición. Una chica de tez morena y rostro enérgico anuncia al profesor que la exposición fue preparada en medio digital, pero por los inconvenientes en el préstamo de equipos

no puede presentarse de la manera que hubieran querido. La expectativa de una exposición bien preparada se diluye cuando los estudiantes desenvuelven lentamente unas hojas dobladas y comienzan la lectura entrecortada de textos incomprensibles que fácilmente pueden reconocerse “*fusilados*” de internet. Una sucesión de monólogos tediosos termina por diluir la poca atención del resto de los compañeros. Las observaciones mil veces dichas y mil veces escuchadas son repetidas de manera casi mecánica por parte del profesor.

— Yo sé que resulta muy cómodo cortar y pegar de internet, pero esa no es la idea. En el colegio queremos que ustedes sean estudiantes críticos, seres pensantes.

Ni el mismo Alberto parece dar crédito a la frase que acaba de pronunciar. El reloj marca las 5:45 de la tarde y aquellos seres que se quieren *críticos* y *pensantes* solo desean salir del encierro de seis horas ininterrumpidas de clase. Ellos esperan ansiosamente el estrépito de un timbre salvador que anuncie, por hoy, el fin de la rutina. El profesor mira de nuevo su reloj y advierte que pronto abrirán las puertas de la institución para dar salida a los estudiantes. Realiza algunos anuncios finales y se entretiene con la visión de las chicas que acuden en forma espontánea a sus implementos de maquillaje alistándose para el encuentro amoroso que puede dar sentido distinto a esta monotonía.

Esta vez el estrépito del timbre no sorprende a nadie. Los estudiantes se preparan para partir y los docentes anhelan ese descanso necesario que les permita recargar energías. La apertura de la puerta por parte de uno de los miembros de la vigilancia provoca una avalancha colectiva. Alberto cruza de nuevo el patio, pero esta vez lo percibe oscuro, más bien solitario y algo triste. Un paso rápido por la sala de profesores es la oportunidad para encontrarse con algunos docentes que también preparan su salida. Mientras se despojan de sus batas y guardan algunos objetos en sus casilleros, pocos se atreven a murmurar palabra.

Lánguidos apretones de manos y algunos besos en la mejilla son los signos de una despedida transitoria, pues, más temprano que tarde, casi todos volverán a encontrarse. Alberto observa la partida de algunos compañeros, mientras camina hacia la puerta en compañía de una de las profesoras. Los dos viven relativamente cerca y casi siempre comparten la ruta. Ambos comentan las situaciones vividas a lo largo del día. Por algunos pocos instantes, el profesor se siente acompañado.

Mientras conversan, los caminantes observan en una esquina a uno de los estudiantes de grado undécimo. De él se han despedido varios de sus compañeros, arrastra sus piernas y presenta un rostro de preocupación. Los profesores aligeran el paso y quieren llegar hasta él para preguntarle qué le sucede y ofrecerle su ayuda. Sin embargo, el chico se muestra reservado y prefiere deshacerse rápidamente de los nunca solicitados benefactores. Ante el rechazo, los profesores continúan su marcha, sorprendidos por la actitud del chico.

— Quizás mañana. En el descanso lo busco y trato de hablarle.

Muchas veces ocurre lo mismo, son pocos los estudiantes que pueden ver a sus profesores como personas de confianza. También es posible que, para algunos de estos chicos, el mañana no sea una opción.

El profesor Alberto se despidió de su compañera de ruta. Sus caminos se bifurcan y cada quien debe seguir su marcha solo. Alberto aligera el paso, sus pisadas son más fuertes y su tránsito más decidido. Mientras atraviesa las calles tantas veces transitadas, el profesor recuerda el caso de un muchacho muy triste y muy solo, a quien poco le gustaba hablar. Luego de terminar su bachillerato se alistó en el ejército. Pero el chico tenía problemas en la casa. Ya en el ejército, corrió el rumor que él y otro grupo de soldados habían entrado a un almacén de cadena a robar un queso y alguna comida de paquete. Contaban sus amigos que uno de los capitanes los había descubierto y que el castigo fue severo. Eso y la situación por del hogar lo llevaron a tomar medidas extremas. Llegó a la casa, sacó el revólver del padrastro y se pegó un tiro. Ocurrió un 24 de diciembre. Los antiguos compañeros de grupo llamaron al profesor y le contaron.

Alberto revive de nuevo la tristeza y la nostalgia que pudo experimentar ante esa muerte. La muerte de un estudiante, una situación que marca a cualquier docente. Si hubiera estado ahí, si hubiera podido estar con él. Si hubieran conversado como lo hacían en los descansos cuando lo encontraba triste y pensativo por los pasillos. Es la impotencia de quien nada puede hacer. Es el vacío de quien se lamenta por aquello que ha dejado de hacer. “¿Y si en lugar de ser docente, hubiese sido médico?”.

La noche ha ocupado por completo las calles. Solo las luces de los carros y los semáforos iluminan de vez en cuando su rostro, el rostro adusto del profesor. Por su cabeza ronda la idea de alejarse definitivamente de la docencia. Son muchos los años y muchos los desencuentros. Pero algo en él se resiste, algo que lo mantiene anclado y no lo deja ir.

Una ligera llovizna comienza a salpicar el traje oscuro del profesor. Las gotas que caen con persistencia anuncian un aguacero mayor. Casi corriendo, Alberto llega por fin a la puerta de su casa y saca la llave que le permitirá encontrar refugio. El profesor enciende las luces de la sala y se dirige al escritorio para descargar allí algunos de los trabajos recogidos que se encuentran pendientes de calificación. Esta vez la soledad es distinta, es una soledad más suya, más personal, menos concurrida y agobiante. Por última vez en el día piensa en el colegio, en sus estudiantes, en sus compañeros, en los salones vacíos y en el patio silencioso. Sus sentimientos son encontrados, no sabe si extrañarlos o aborrecerlos. Solo sabe que al día siguiente estará de nuevo allí, y que como todas las noches antes de dormir: mañana será otra vida.